

BAJO *la*  
CRUZ  
*del* SUR

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Patricia Cerda

Derechos exclusivos de edición

© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: septiembre de 2020

Inscripción N°: 2020-A-4732

ISBN: 978-956-360-773-4

Imagen de portada: © Psychoshadowmaker | Dreamstime.com

Impreso en: CyC

BAJO *la*  
CRUZ  
*del* SUR

*una novela de*

PATRICIA CERDA

 Planeta

*Para mis hijas Carla y Lara*

*Se vio a la tierra entera de repente,  
surgir, redonda, del azul profundo.*

Fernando Pessoa

*Y aún después de que el hombre haya desaparecido  
Que hasta su recuerdo se queme en la hoguera del tiempo  
Quedará un gusto a dolor en la atmósfera terrestre.*

Vicente Huidobro

\*

Recién ha terminado la misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda. Los doscientos cincuenta hombres se embarcan confesados y comulgados, como ordenó el capitán general, mientras él se ha encerrado en su cabina a terminar de redactar una carta para el rey Carlos I. La información que vierte allí se la ha guardado hasta ahora, pues con ella a su disposición, el rey podría haberle quitado su confianza y haber nombrado capitán de la Armada a un castellano. Pero ese peligro ya no existe. Están a punto de zarpar. Ya no hay tiempo para hacer cambios.

Se escuchan pasos y voces de marinos que bajan y de oficiales que suben las escaleras de la nao Trinidad. Un saludo en italiano, una orden en portugués, otra en castellano, un comentario en griego, en alemán... Gente de mar que toma sus puestos con experiencia y propiedad. Todos, incluso el capitán, van tras la oportunidad de hacerse de nuevo. Los familiares de los marinos andaluces han llegado a Sanlúcar de Barrameda a despedirlos.

—¡Regresen con gloria! —grita una mujer joven desde el muelle. Tiene un bebé en sus brazos.

Las madres y esposas sevillanas están tristes. Saben que comienza para ellas un largo tiempo de espera. La vida les pedirá paciencia, mucha paciencia. Las naos llevan provisiones para dos años. Están tristes, pero esperanzadas, al igual que los hombres de la Armada del Moluco. Quien regresa con gloria, obtiene lo que desea. Así ha sido siempre en la historia de la humanidad. Hernando de Magallanes no ha regresado nunca con gloria de sus aventuras marítimas. Nunca, mientras estuvo bajo las órdenes del rey Manuel I de Portugal, recibió el reconocimiento que esperaba.

—¡Regresen con o sin gloria, pero regresen! —grita una mujer cincuentona.

Es la gran aventura del nuevo rey de Castilla. La misión es encontrar el paso al Mar del Sur descubierto por Vasco Núñez de Balboa seis años antes y llegar por esa ruta a las islas de la Especiería, las misteriosas Molucas.

La carta está lista. Magallanes baja a cubierta, donde lo esperan Sancho Matienzo y Juan de Aranda, dos oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla. Matienzo goza de toda su confianza. Una semana antes lo ha nombrado albacea en su testamento. Le entrega la carta sellada con gesto solemne.

—Le ruego la mayor discreción.

—Yo mismo iré a dejarla a Valladolid —asegura Matienzo.

—Le deseamos la mejor suerte, capitán —dice Aranda—. Rezaremos cada día por usted.

Magallanes se despide de ambos con un abrazo. No hay nada más que agregar. Los ve conversar con Pedro de Valderrama, el capellán de la armada, mientras él desciende a la despensa.

Saluda al despensero con un apretón en el brazo.

—¿Todo bien? —pregunta Magallanes mirándolo hacia arriba. Es una cabeza más bajo que el oficial.

—Todo bien, capitán —responde el hombre con los brazos cruzados y las piernas muy abiertas. Porta en su cinturón un cuchillo a la izquierda y una espada a la derecha.

Recorren la bodega juntos. Magallanes se detiene frente a los sacos de bizcochos que ocupan una parte importante del espacio. Los empuja para ver si están bien amarrados. Luego mira al despensero y asiente. Continúa la revisión. Las pipas de vino y vinagre están ordenadas entre la carne salada y las treinta y cinco cajas de dulce de membrillo que lleva para su dieta personal. Golpea la madera de los toneles

como saludándolos. En la otra esquina, en un rincón especial, están las mercancías de rescate. Son los cascabeles, espejos, cuchillos y otras menudencias que dará a los nativos de los lugares ignotos que visitará a cambio de víveres, leña y grasa para calafatear. Bajo ellas están los cofres que más importan. Contienen rollos de telas finas de Italia y Flandes, mucho terciopelo, gorros de colores, ropa de Turquía y otros artículos de lujo. Revisa las amarras y comenta al despensero que todos esos artículos serán cambiados en las Molucas por clavo de olor. Sus ojos oscuros le brillan. El despensero sonríe satisfecho mientras revisa las amarras de la caja de vasos de vidrio de Venecia. Siguen caminando. Magallanes espera haber pensado en todo.

\*

Antonio Pigafetta tiene la mirada y el aspecto de un joven de veinte años, aunque en realidad tiene casi el doble de esa edad. Instala sus bártulos en el entrepuente haciéndose espacio entre marinos que hablan su idioma. Con su capa de terciopelo sobresale en elegancia. Sus paisanos curiosos le buscan conversación. Uno se llama Bautista y podría ser su hijo. Le cuenta que es grumete y que es la primera vez que se embarca. Otro se llama Giovanni y es calafate. Más allá está Antonio, el carpintero, un hombre mayor. Los tres son de la República de Génova. Pigafetta se sienta en su estera, saca su cuaderno de tapas de cuero, lo abre en la primera página aún en blanco, respira profundo y anota la fecha: *20 de septiembre de 1519*. Antonio le cuenta a Giovanni que vivió mucho tiempo en Florencia y que vio con sus propios ojos a Miguel Ángel esculpir su *David* de cinco metros. Pigafetta escucha la conversación. Él también ha visto esa escultura



del hombre en pose de un dios. Tenía diez años cuando su padre lo llevó a conocerla... Una campana detiene la recién iniciada cadena de recuerdos. El capitán llama a reunión en la cubierta.

\*

Magallanes apenas puede disimular su fuerte acento portugués. Junto a él están los oficiales de su nao capitana: el piloto Esteban Gómez, un portugués cuarentón de carácter raro, no fácilmente clasificable; el maestre genovés Juan Bautista Punzorol, afable, cincuentón y experimentado en la navegación; y el contramaestre Francisco Albo, un griego de unos treinta y cinco años que viste una boina negra. Con su mirada semisonriente, da la impresión de ser una buena persona. Los marinos, pajes y grumetes se sientan en el suelo a escuchar las instrucciones del capitán general. Les informa que cada noche habrá tres rondas de guardias. La primera comenzará al ponerse el sol, la segunda a media noche y la tercera antes del amanecer. Pigafetta anota todo...

—De la primera guardia estaré a cargo yo mismo en la Trinidad y mis capitanes en las otras cuatro naos —explica.

Todos se dan vuelta a mirarlas. Se ven ordenadas en el muelle detrás de la Trinidad. En la San Antonio se observa agitación. Gente que iza velas, suelta amarras, sube y baja escaleras... El capitán agrega que los pilotos organizarán la segunda guardia y los maestros la tercera.

—¿Entendido?

Los marinos responden a coro:

—¡Entendido, mi capitán general!

—Entonces, ¡todos a sus puestos en Nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios!

Una hora más tarde, aprovechando una ráfaga de viento propicio que hincha las velas, las cinco naves se despiden con una descarga de artillería. En el muelle queda una multitud haciendo señas insistentemente hasta que se desvanecen en el horizonte.

\*

Pigafetta observa la tierra alejarse. Oficialmente va de extranumerario y cronista. No tiene que maniobrar el barco porque no sabe nada de navegación. Será un observador privilegiado de la vida flotante. El puerto es ahora una línea oscura y difusa. Allá quedaron los temerosos, los que no se atrevieron a probar suerte, los que, tal vez, algún día se arrepentirán.

En cierto modo, durante sus 39 años de vida ha sido siempre un cronista y espera seguirlo siendo. Lo suyo es dejar constancia. Un extranumerario en el viaje de la vida. Cuando tenía veintidós años fue nombrado cronista oficial de la República de Venecia. Como tal, anotaba todos los acontecimientos importantes de la ciudad. En ese tiempo los reinos europeos se quejaban de que los venecianos querían estar bien con Dios y con el diablo. Por un lado, participaban en las armadas europeas para frenar a los turcos otomanos en el Mediterráneo y por otro, mandaban embajadas amistosas al sultán Mehmet I para mantener las buenas relaciones con él. No dejaron de ir al Levante a buscar especias, seda y porcelana después del desastre del 29 de mayo de 1453: la apocalíptica caída de Constantinopla. Tampoco las cortes de los reinos del norte dejaron de demandar los productos que llegaban allí desde el Lejano Oriente por la Ruta de la Seda. Era una de las tantas contradicciones en que transcurría la

vida de los nobles europeos. Los venecianos sabían que al comerciar con los turcos los enriquecían, que con esos ducados ellos pagaban a sus soldados en los Balcanes. El sueño del otomano era ocupar Viena, la capital de los Augsburgo, y apoderarse desde allí de toda Europa. Aquella dinámica peligrosa se nutría únicamente de la vanidad humana. Pigafetta mueve la cabeza y mira hacia la costa. Ha desaparecido completamente. Ahora todo es mar. Se sonríe. España también quiere sacar provecho del negocio de las especias. No quiere ser menos que los portugueses. Recuerda cuando llegó a Venecia la noticia de que Vasco de Gama había encontrado la ruta marítima a la India doblando África por el sur en 1492; se sintió como un cañonazo sideral. Muchos comerciantes venecianos temieron la ruina, pero al final se consolaron pensando que era mejor que todo quedara entre cristianos. Las galeras ya no iban a Constantinopla a buscar mercancías, sino a Lisboa.

En los primeros días de navegación rumbo a Tenerife pasa mucho tiempo en la cubierta observando. El buen tiempo lo permite. El piloto Esteban Gómez sufre de mal humor crónico. Mira a Magallanes con resquemor. Gómez y Magallanes se conocen desde su juventud, cuando ambos eran pajes en la corte del rey Juan II de Portugal. Pigafetta intuye resentimiento y envidias reprimidas en el corazón del piloto. Le busca temas a su paisano Juan Bautista Punzorol, que es un tipo nostálgico y muy conversador. El maestre le habla de su esposa Blanca y de sus tres hijos: dos niñas adolescentes y un muchacho llamado Diego que va como paje en la nao Victoria. Le informa en su idioma y bajando la voz que también Magallanes lleva un hijo en la Trinidad.

—Se llama Cristóbal Ravelo.

Pigafetta asiente con cierta sorpresa. Confirma algo que intuyó cuando conoció a Magallanes en el Alcázar Real de Sevilla. Decide no mencionarlo en su crónica.

\*

A la hora de almuerzo los únicos castellanos en la mesa del capitán en el castillo de popa de la Trinidad son el capellán Pedro de Valderrama y el alguacil mayor Gonzalo Gómez de Espinosa. Aunque Magallanes se ve a sí mismo como uno de ellos. Antes de partir a Sevilla se desnaturalizó oficialmente de Portugal.

El capitán habla poco con los demás y mucho consigo mismo. Dice lo justo y necesario, pero sabe filtrar de la conversación aquello que le sirve. Tiene sus propias preocupaciones... Por una parte, el peligro de que carabelas portuguesas lo puedan interceptar en el mar abierto, y por otra, Juan de Cartagena, el capitán de la nao San Antonio. El rey lo ha nombrado en el último minuto *conjunta persona* y veedor general de la Armada del Moluco. Sabe que eso de conjunta persona no es más que un apelativo simbólico para subrayar que se trata de una empresa castellana, porque Cartagena no tiene experiencia en la navegación. Su principal cualificación es ser sobrino del obispo de Burgos, el confesor del rey. Teme que Cartagena y los capitanes de las naos Concepción y Victoria vayan conjurados contra él. El asunto le preocupa, pero confía en que sabrá afrontar la situación llegado el momento. Como hombre de fe, sigue los consejos que dio Jesús a sus apóstoles...

*Mirad que os envió como corderos entre lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.*